



Tras la oscuridad, viene la luz.

Ya se me había olvidado el ver llover, y la mañana del 3 de marzo, una vez me levanté y aseo, me senté ante el cristal de la ventana, para repasar la lección de la lluvia, que caía al otro lado en la calle. Al tiempo, percibí la alegría de los campos que podían, por fin, aliviar su sed; y la del crecimiento de los ríos; y la del alfombrado de nevascas tendido sobre las cumbres y laderas de las montañas; y la del relleno de los glaciares... Otro tanto pasaba con las calles y cloacas, que veían como el agua restregaba la mugre pegajosa, que degrada y rompe toda higiene. Y también de alivio para este tiempo de grandes sobresaltos, traídos por la pandemia, el volcán, los rebrotes y, de postre, los nubarrones imprevisibles de una guerra.

¿Qué hemos hecho los hombres para merecer esto?

Dicen que dura poco la alegría en la casa del pobre; pero nos queda el consuelo de que siempre que ha llovido ha escampado.

Y no queda ahí la cosa, nos llega la noticia de que Macotera ha sido borrada de la lista de los pueblos mayores de mil habitantes de la provincia. Hay que remontarse muy lejos, pero que mucho más lejos, para encontrar a

Macotera en esta situación, y es una pena porque, desde el principio de la historia, Macotera fue siempre uno de los pueblos punteros de la provincia.

Y ante tanta desgracia, aún hay personas que pretenden empañar la convivencia de "mala leche", con lo saludable que son el respeto y la empatía.

Esta agua bendita se presentó peripuesta con toda sus vestimentas gracias a mis súplicas. El ruego brotó aquella tarde en que me asomé a los campos y los vi tristes, mustios, encogidos, sin ganas de retoñecer. Y, entonces, decidí convertir mis paseos diarios por la huerta en una rogativa permanente, hasta que lograra atraer el agua. No supe si elegir la rogativa de

san Marcos, san Gregorio, san Isidro..., y opté por la más cercana: la del Lunes de Aguas, porque no podía demorar más la urgencia; rogativa regentada por el Niño Jesús con la mediación de la Virgen y de todos los Santos, en la que intervine, en silencio, porque el ruido, que yo podía hacer con el cante de las letanías de todos los Santos, podía dificultar que el Niño escuchara bien mis encomiendas. Y la plegaria la recitaba en latín, porque me percaté de que es el habla que entienden y hablan ellos, y de que, por el voto de pobreza de los Santos, no les posibilitaba pagar un intérprete.



Kýrie, eléison. Christe, áudinos. Christe, exáudinos. Pater de cælis, Deus, *Miserere nobis*. Fili, Redémptor mundi, Deus. *Miserere nobis*. Spíritus Sancte, Deus; *Miserere nobis*. Sancta Trinitas, unus Deus; *Miserere nobis*.

Sancta María, *Ora pro nobis*. Sancta Dei Génatrix, *Ora pro nobis*. Sancta Virgo vírginum, *Ora pro nobis*.

Y a todos los Santos

Sancte Petre, *Ora pro nobis*. Sancte Paule, *Ora pro nobis*. Sancte Andrea, *Ora pro nobis*...

Y así con todo el repertorio, fui dando vueltas al circuito del parque, un día y otro, hasta que el 3 de marzo apareció la lluvia manchando los cristales de la ventana, regando los campos y los charcos y restregando la mugre de las calles y cloacas.

Y otro asunto preocupante es la baja del listón de los mil habitantes del pueblo. Se explica porque las defunciones superan con mucho a los nacimientos, pero también por el continuo goteo de personas que buscan un medio más prometedor.

Nos queda la esperanza de que el nuevo gobierno comunitario se esfuerce en el retorno de nuestros cerebros y juventud emigrada y de crear nuevas expectativas para estos pueblos cada día más envejecidos y "vaciados".

Noticias de Macotera

Escuela-taller de albañilería.

Con el patrocinio de la Junta de Castilla y León, se está impartiendo un curso de albañilería, en el que participan ocho alumnos de ambos sexos, dirigido por un oficial en albañilería y coordinado por un arquitecto técnico. El curso tendrá una duración de seis meses, y el alumnado fue seleccionado por una comisión, integrada por dos representantes de la Junta y otros dos de parte del Ayuntamiento, cumpliendo los criterios establecidos. Los alumnos están relacionados con el convenio de la construcción de la provincia de Salamanca, con la asignación correspondiente establecida por dicho convenio.

El curso se inició el 15 de noviembre del 2021 y finaliza el 15 de mayo de 2022.

Estos alumnos siguen un proyecto establecido, que consiste en realizar el vallado del polígono industrial, la reforma del vallado de las piscinas y la reparación de las pistas deportivas.



La ruta de Carlos V

Los ayuntamientos de Rágama, Cantaracillo, Peñaranda de Bracamonte, Macotera, Santiago de la Puebla y Alaraz se han planteado promocionar el paso por nuestras tierras del Emperador Carlos V en su itinerario hacia su encierro en el monasterio de Yuste. Este plan de desarrollo comarcal está avalado con el compromiso total de la Diputación.

Su objetivo pretende dar a conocer la zona en el aspecto cultural, monumental, orográfico, gastronómico y medioambiental

8ª edición de la carrera popular “Villa de Macotera”

Ya tenemos ganar de engrasar las bielas y de oxigenar los músculos. De esta terapia, se encargaron la Diputación, el Ayuntamiento y el Club Atletismo Macotera “Jamones Prim”, con la dirección técnica de la Asociación de Atletismo de Salamanca.

El día elegido fue el 20 de febrero, y la salida estuvo fijada a las 12.00 horas, y la llegada, a las 13.00, en la plaza Mayor. Los doscientos cuarenta y uno participantes, tras correr los 5.825 metros entre el casco urbano y los senderos del Arroyo

<p>boletín informativo ASOCIACION CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA</p> <p>Equipo coordinador</p> <p>Eutimio Cuesta Hernández Diego Losada Cosmes Fernando Cuesta Martín Ramón Zaballos Bueno Juan Manuel González Hernández Ángel Blázquez Taboada Jose Luis Rivero del Campo Juan Bautista Blázquez Cristóbal Martín Bueno M^a Teresa Nieto Bueno</p>	<p>Cuenta corriente</p> <p>Cooperativa Macotera “Sección de crédito”:</p> <p>5589</p> <p>Para realizar Transferencias a la Cooperativa de Macotera.</p> <p>ES5430160206511074317825</p> <p>En el concepto hay que anotar:</p> <p>0011005589 más el nombre y apellidos del socio</p> <p>Para los interesados, la cuota anual es de 8 euros.</p>	<p>Depósito Legal: S.192 - 1987</p> <p>Impresión del boletín Nueva Graficesa: Avda. de la Aldealengua, 80 37003 Salamanca Tl. 923 260111</p> <p>Dirección de la Asociación: Boletín Informativo ASOCIACION CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA C/ Gardenia, 1, 3º D 37003 - SALAMANCA Teléf. 923 25 20 12</p> <p>asocumacotera@yahoo.es</p>
---	---	---

y de la Juara, con su cota exigente del Pinar, fueron confortados con el aplauso de la concurrencia, que se congregaba en la plaza Mayor, con las rosquillas, que les prepararon las mozas del taller, capitaneadas por Feli, que pone a disposición de la organización sus enseres y local, así como Tomás Iglesias con su sustancioso caldito, servido por su equipo de pinches..

Como no hay quien pueda con Juan Bueno Losada, que suele protagonizar, en solitario, casi todas las pruebas en que participa. (La penúltima la Media Maratón de Salamanca), y en la que también estuvo presente la entrega de todos los participantes, que bien merecieron el aplauso de los ganadores. Contribuyeron al éxito de la prueba Supermercado Nieto, Los Hermanos Bueno, Jamones Prim...

Y completó la jornada la presentación del proyecto solidario "Ultreya". Ultreya es un proyecto deportivo solidario que este año recorrerá en bici desde Alcalá de Guadaíra hasta Finisterre, reivindicando y visibilizando la España vaciada y una de las paradas tendrá, como fin y principio, Macotera.

Contamos con vosotros para colaborar con videos, fotos y entrevistas destinadas a lanzar al mundo actividades como está legua, que dan vida a pueblos como el nuestro



¡¡Vamos Ultreya, por la España vaciada!! Movimiento Ultreya **San Blas, Patrón del Ayuntamiento.**

El Ayuntamiento de Macotera aprovechó la festividad de su Patrón, san Blas, para agasajar y reconocer la entrega y dedicación de todos los funcionarios, empleados y colaboradores en pro del pueblo y de sus gentes: Secretario, personal administrativo, operarios, educadora infantil, bibliotecaria, personal de limpieza y desinfección, técnico deportivo, profesores y coordinadores de cursos y de la escuela- taller, socorristas, asociaciones y demás personas, que aportan lo mejor de su servicio al pueblo y a sus vecinos.

Momento que se eligió, asimismo, para rendir un sentido homenaje de reconocimiento a Jerónimo Sánchez Caballo, en su jubilación, por los servicios prestados al Ayuntamiento durante varios años. Reconocimiento que se plasmó en la entrega de una plaza conmemorativa. La jubilación tuvo lugar el verano pasado, pero, por culpa del bicho, se aplazó hasta el día 3 de febrero, san Blas.

El acto tuvo lugar en la terraza del Bodegón, al aire libre, para evitar posibles contagios.

Enhorabuena Afibrosal retomó en Marzo su programa "Muévete por tu salud", en Macotera.

Dicho programa tiene como finalidad la mejora de la calidad de vida, y se dirige, principalmente, a personas con enfermedades reumáticas, fibromialgia, síndrome de fatiga crónica, artritis..., u otras enfermedades crónicas que causen dolor crónico.

Las sesiones programadas, semanalmente, van encaminadas a mejorar el bienestar físico, con el desarrollo de actividades físicas adaptadas a las diferentes patologías, la reeducación postural, estiramientos, juegos apropiados, mientras que otras se centrarán en el bienestar mental, trabajando la atención, la regulación emocional y la comunicación eficaz.

El programa tiene carácter gratuito y financiado por la Diputación de Salamanca, organizado por Afibrosal y con la colaboración del Ayuntamiento; y se impartirá durante los meses de marzo, abril, mayo, junio, octubre, noviembre y diciembre los lunes, en horario de 16:30 a 17:45 horas; y los miércoles, 10:30 a 11:30 horas, en el Hogar del jubilado (plaza de La Leña), y con un máximo de quince personas.

El carnavaile recobró vida e ilusión.

Tuvo su arranque en el bar "El Muek" el día 25 de febrero, a las 23:00 horas, con un gran espectáculo de magia a cargo de nuestro mago, Francisco Cuesta. Y siguió con la actuación musical del Dj., Diego Duende, el día 26, a las 16:00 horas.

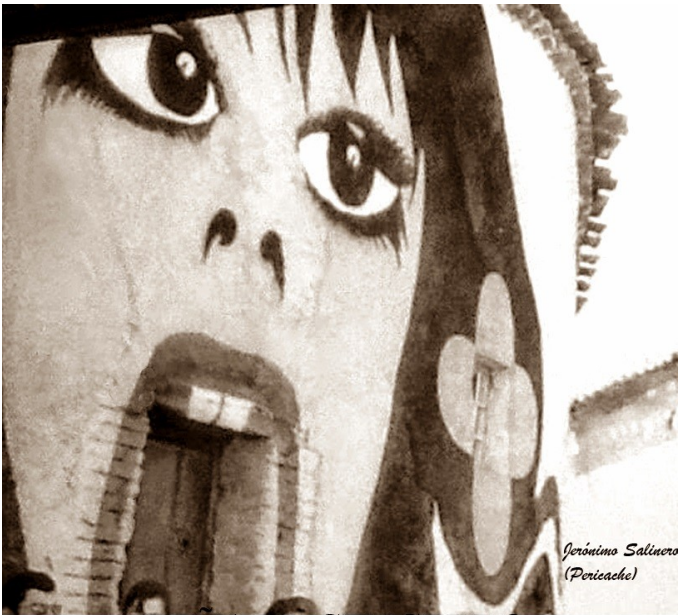
Los niños también tuvieron oportunidad de disfrutar el día 26 sábado, a las 18:00 horas, con el Mago Oski, quien deleitó a los peques con la muestra "Estoy como una cabra", en el Centro Cultural de Santa Ana. Y el domingo 27, AMPA, la Asociación de Mujeres, el Taller de Confección de Macotera y la Escuela de Música municipal celebraron el ya tradicional desfile por las calles del pueblo. Partieron de la plaza Mayor, a las 17:00, y, al final, se les obsequió con una bolsa de chuches. Y como remate, el día 1 de marzo, martes de carnaval, a las 17:00, el Ayuntamiento reunió a la chiquillería en el pabellón municipal, que pudo recrearse con los juegos de carnaval: "títeres, titiritando", con el postre de una chocolatada.



Reconocimiento a Jerónimo Sánchez Caballo por sus servicios municipales



EL PRINCIPIO DE LAS PEÑAS



PEÑA EL CENCERRO

El Domingo de Pascua, después de misa “tocada”, se celebraba la procesión del “El Encuentro” alrededor de la iglesia. No había imagen del Resucitado. Se sacaba un niño Jesús con una gran rosca de las del Lunes de Aguas colgada al cuello. Los niños íbamos detrás con esquilas, esquilonos y cencerros haciendo un ruido ensordecedor. De reojo íbamos mirando, con cara de hambre, a ver si se le caía la rosca al Niño Jesús. En verdad creo que un año se le cayó y, se armó “el Belén” en Semana Santa. ¿Os imagináis a todos los niños del pueblo disputando la ansiada rosca? En mi casa teníamos bueyes, a mi me colgaban un cencerro que me llegaba a los pies. Este cencerro, muchos años después, estuvo colgado en la peña del mismo nombre.

Contaba, en otra ocasión, que, por tradición de muchos años, en Semana Santa, nuestros padres hacían la “limoná”, -casi como un rito-, en las bodegas de las casas. La juventud aprovechaba para bajar las escaleras y ponerse “moraos” el Jueves y Viernes Santo. No había baile, ni siquiera paseos por las eras, solamente oficios religiosos y procesiones.

El párroco, observando lo que solía pasar cada año, pidió a la juventud desde el púlpito, que cambiasen la costumbre de hacer la “limoná” el Jueves y Viernes Santo, -por ser días de recogimiento-, por el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección, lo que la juventud aceptó de buen grado. Esto dio lugar al comienzo de las peñas en Macotera al final de los años cincuenta. Las cuadrillas cambiaron las bodegas de las casas por paneras o pajares. Después de quitar las telarañas

y adecantar estos locales, en un barreño de barro de los de las matanzas, se vaciaban varias “damajuanas” de tinto del tío Fachenda o de los Ponderas. Con ese buen vino, unos cuantos limones y unos puñados de azúcar del tío Tacones o de la Sra. Anita la Panera, estaba lista la pócima para enaltecer los ánimos. El alma ya la teníamos bien alimentada con tanta misa y procesión. Había que saciar el cuerpo, y la “limoná” era un antídoto contra todos los males del infierno, al que nos anunciaba que iríamos el “Padre Cuaresmero” en los sermones de cuaresma.

Con un puchero de barro sacábamos del barreño el líquido milagroso y, acompañado de buen chorizo y pernil, pasábamos las tardes del Sábado Santo, del Domingo de Pascua y también del lunes, que era medio festivo y con baile, en lo que empezábamos a llamar peñas. Los esperados bailes de Pascua, después de 40 días de sufrida cuaresma y de una Semana Santa de mortificación, entrábamos en el Salón de baile vencida la timidez y con un brío especial. La pena es que las chicas aún no iban a las peñas, ni siquiera a los bares. Esperaban en el baile, muy guapas, y bien vestidas, pero a falta de un buen lingotazo de “limoná” que animara la fiesta. Así que aquellos bailes, con los *Pachulos* como orquesta, seguían siendo lo mismo de siempre: vals, pasodobles, tangos... todo “agarraos”, pero -eso sí- guardando las distancias. Por muchos efectos de la “limoná”, el codo de la acompañante hacía de barrera que impedía cualquier tímido acercamiento.

Este fue el principio de lo que empezamos a llamar peñas. Duró varios años hasta que comenzaron las verdaderas peñas en vísperas de San Roque: El Botijo, los Mexicanos, el Cencerro... ¿Quién no recuerda la peña del Cencerro? Aquella hermosa cara de mujer dibujada por nuestro gran pintor Jerónimo Salinero (*Pericache*), que adornaba la entrada de la peña. Esa cara fue durante muchos años el icono de lo que fueron las peñas en aquellos tiempos. Al principio siguieron la costumbre de la “limoná” pero poco a poco fue cambiando. Ahora, las peñas de los mayores tienen frigorífico, cocina, y toda clase de bebidas, -¡hasta whisky!-. Se sientan en una mesa y se ponen “tupíos” de comida. Pero solo dan voces, ni cantan ni “na”. Las peñas de jóvenes también han cambiado, no sé si hacen “limoná”, al pasar por alguna de ellas se ven llenas de colchones. ¿Me pregunto para qué los querrán? Nosotros a esas edades solo usábamos los colchones para dormir en casa acompañados de: uno, dos o tres hermanos. No es una crítica ¡Dios me libre! Los tiempos cambian que es una barbaridad.

(Poder disfrutar de los recuerdos de la vida es vivir dos veces)

Gene Losada Comenencias

Las personas que conocí y ya no están

Calle La Botica



Desde las Cuatro Esquinas, abarco casi toda la calle de la Botica. Una calle de obligado cumplimiento para la gente de Santa Ana y de sus calles aledañas para llegar a la plaza. Y, desde las Cuatro Esquinas, visualizo a cada uno de sus vecinos. Le pusieron ese nombre, porque la botica del pueblo estuvo ubicada en la vivienda número 3 durante muchos años. Hasta 1766, fue casa parroquial y fue adquirida por don Antonio Flores, donde ubicó su farmacia. Fue la primera farmacia que regentó don Gonzalo Hernández, hasta que se trasladó a su nueva vivienda en la calle Honda. Posteriormente, la ocupó la familia del señor Rogelio García, gallinero, y su esposa la señora Beatriz Cuesta y sus hijos Pedro, Ventura e Isabel. Actualmente, sigue en propiedad de su hija Isabel.

La casa de doble planta, que abre la calle, fue habitada por la familia del señor Javier Pérez *Morroncho*, de oficio ganadero, y de la señora M^a Antonia Zaballos. Los llegué a conocer, e igual que a sus hijos, Eulalia, Fernando, Benito y María. Los hijos trabajaron mucho por Extremadura, y decidieron quedarse a residir por allí, donde contrajeron matrimonio. Manolo, hijo de Fernando, fue muy amigo mío de infancia. Y creo que su familia es la actual propietaria de la vivienda. La señora Eulalia se casó con Manuel Pérez *Arenitas*, y establecieron ahí su residencia, hasta que marcharon a Salamanca. Tuvieron dos hijos, Matías y Antonio. María contrajo matrimonio con Eloy Domínguez.

Enfrente abría su puerta la carnicería del señor Domingo Hernández y de la señora Isabel Bueno, que continuó gestionando su hijo Antonio y su mujer Ignacia. Su familia la integraban María, Agustina, Domitila y Antonio. Pared por medio, se hallaba la vivienda de Javier García *Morenito* y de Almudena Cuesta, los padres de Ventura, José, Isabel y Rosario.

El número 5 era la casa de Domingo Sánchez *Coñita* y de Ana M^a Bautista. Sus hijos Gabriel e Irene. Gabriel se casó con

Amparo, y son los padres de Isabel y Ana María. E Irene contrajo matrimonio con Juan Antonio Blázquez, *Fraille*.

Lindero con Domingo se alzaba la casa de la señora Rosa Madrid *Corta*, casada con el señor Gregorio Martín, *Pacho*. Son los padres de María y Ramona. Siguen ocupando la vivienda la familia de María e Isidro. Antaño, fue la residencia de don Venerando García de la Navarra, natural de Villatobas, organista y sacristán de la parroquia, y fundador de la famosa banda. Su mujer se llamaba Ascensión García, y componían su familia sus hijos, Dolores, Manuel, Gabriel y M^a Ruperta.

Donde se levantaba el salón, hoy discoteca, se encontraba la tienda de ultramarinos del señor Justo Trigo, natural de Santibáñez y de la señora García de la Navarra, hermana de don Venerando, natural de Villatobas.

Y cierra esa línea la vivienda de los *Guindines*. No conocí a los padres, pero fueron buenos amigos sus hijos: M^a Francisca, Antonio, Manuel, Domitila, Moisés y Petra. Esta vivienda fue, posteriormente, la residencia del señor Julián Bueno *Panera* y de la señora Gertrudis Sánchez, y allí abrieron una tienda de ultramarinos. Sus hijos Manuel, Lupicinio, (mi amigo de infancia), Rosa, Alfonso y Julián.

La acera de los pares la ultiman las casas del señor Francisco Blázquez Campos, carretero, y de la señora Rosa Bautista. Los padres de Jesús, Antonio, Lucas, que siguieron con el oficio del padre. Tenían el taller en la plaza de La Leña, enfrente del juego pelota. Su hija se llamaba Joaquina, y la de Juan Antonio Bueno Sánchez, *Falogo*, y de la señora Gertrudis Bueno. Son sus hijos, Manuel, Ramón (sacerdote), Jerónimo, Celia, Ana (hermana de la Caridad), Isabel y Mircia.

Calle El Pozo

Hoy me voy a adentrar en la calle del Pozo. Le pusieron ese nombre, porque nos conducía al pozo de las piedras, que había enfrente de la casa del señor Facó el *Pinto*. Y lo decían de las piedras, porque su brocal, cuadrado, estaba construido por dos filas de bloques grandes de piedra de granito, y lo cubría una tapadera de láminas de hierro, fijada con un candado. A su vera, descansaba una pila, también de granito, que recuerdo utilizaba la abuela *Regañuza* de Santiago de la Puebla, para ayudarse a sentar en la burra, cuando ya había vendido la hortaliza por el pueblo y emprendía la vuelta.

La calle del Pozo ha sido, sin duda, una de las que más he pateado del pueblo; llegó a ser una de mis zonas de juego, sobre todo en verano, cuando jugábamos al toro. Teníamos preparados nuestros burladeros con tablas de cajas de sardinas, que pedíamos a la señora Isabel, la madre de los Moreni

tos, que tenía una pescadería en la plaza Mayor, junto al Café. El callejón, al que daban las traseras de las casas de Telégrafos, la del señor Jesús el Niño, (quien tenía una carnicería, donde la droguería Juan y Araceli) y el horno del señor Eugenio Barquillos, lo utilizábamos para guardar los cardos, para montar la luminaria la víspera de la Virgen de la Encina.

Hecho este pequeño preámbulo, nos vamos a fijar, en primer lugar, en las casas que estaban en la acera de la izquierda, las de los números impares.

El 26 de noviembre 1919, el Ayuntamiento adquirió la casa número uno a Jerónimo Cuesta, para establecer en ella una estación de telégrafo y la vivienda del telegrafista. Se remodeló y se le dotaron de la oficina de telegrafía, telefonía y de otros acomodos necesarios.

Ahí, se ubicó la estación telegráfica, que había sido inaugurada el 8 de julio de 1918, siendo alcalde de la localidad Ramón Blázquez García, Ranes.

Al Acto inaugural asistieron el Jefe de la línea de Salamanca, don Ángel Carranza, doña Delfina Moral, la nueva telegrafista, las autoridades y varios funcionarios públicos, quienes, formando oficial comitiva y a los acordes de la banda del don Venerando García de la Navarra, se dirigieron desde el hospital de Santa Ana, donde residía doña Delfina, a la calle del Pozo número uno, donde ya se encontraba instalada la estación de Telégrafos. Fue bendecida por el señor cura párroco don Valentín González Gómez. Terminó la ceremonia con la entonación de la Marcha Real por la banda de música. Finalizado el evento, todos los invitados fueron obsequiados por el Ayuntamiento con dulces, copas y habanos, pronunciándose un brindis por la prosperidad de Macotera.

Me dispongo a desempolvar los recuerdos de esta casa. La recuerdo con dos puertas: la de telégrafos, que conducía arriba, donde se hallaba la oficina y la residencia del telegrafista; y la de abajo, que daba acceso al hogar de don Jesús Flores, mi maestro. Era natural de Peñaranda. Tenía cuatro hijos: Francisco, Mariano, Pepe y Jesús. Como telegrafistas conocí a Ángel Zaballós (hermano de Francis), don Jesús Briñón y don Luis Vega.

Don Jesús (maestro) marchó a Zamora y la casa quedó libre, y se aprovechó para instalar en ella la centralita de teléfonos. Se le adjudicó el manejo de la central a Soledad Bueno, hija

del señor Andrés Manolajas, y la familia ocupó la vivienda. Posteriormente, ocuparon el puesto de Sole, Lucía Blázquez Bautista y Carmen Martín Zaballós.

Las nuevas técnicas se encargaron de cerrar ambos sistemas de telegrafía y telefonía, y se habilitó el edificio como Centro de Salud y, y la parte de arriba, como depósito del Archivo Municipal.



Separada por el callejón, se hallaba la casa y el horno del señor Eugenio Barquillos. Su esposa se llamaba Manuela y sus hijos, Ana María, Manuel, Juan Francisco, Mercedes y Eugenio. Lindera se alzaba la casa de Cristóbal Martín e Isabel Celador. Esta vivienda la usaba Cristóbal como descanso de su hogar habitual. Aquí guardaba y atendía los animales domésticos (gallinas, conejos...). Me comentó uno de sus nietos, que la conocían como "la casa de los conejos". Esta casa la adquirió posteriormen-

te, Antonio Pérez Bichín y Rosario García Morenita. La del señor Antonio Hernández Dulio, con su bar. La del señor Cristóbal Martín Bonilla, casada con la señora Isabel Celador, padres de José Manuel, Demetrio y Julia; (parte de su corral lo aprovechó su yerno, Alfonso Fachenda, para construir un bar). La del señor Mateo Molleta y la señora M^a Teresa. Sus hijos: Presenta, Eloy, Pedro y Ángel, quien falleció muy joven. Presenta fue una de las primeras universitarias del pueblo. Cursó la carrera de Farmacia y ejerció en Madrigal de las Altas Torres. Su hermano Eloy estudió Veterinaria. El señor Mateo fue un ganadero de solera, abastecía de bueyes de labor a toda la provincia y era asiduo a todas las ferias. En la feria de Ledesma, conoció a don Ignacio Gutiérrez, padre de don Juan Gutiérrez, Juez de Macotera. Y lindera, la del señor Francisco Martín Luchana y la señora Isabel Prudencio Contra. Los padres de Valentina, José Manuel, Abilio y Teresa.

Nos pasamos a la otra acera, del lado de la plaza de la Leña, nos tropezamos con la casa del señor Pedro Izquierdo, Porreto. Tenía un estanco. Su mujer se llamaba Juana, y sus hijos Francisca, Concepción, Antonia, Ana y Matías.

Lintera se encontraba la vivienda del señor Antonio Blázquez, Roble, que era natural de Santiago de la Puebla, y de la señora Isabel Ana. Tenía una fábrica de gaseosa y fue el padre

de Domingo *Roble*. Fue el lugar donde la señora Antonia, *Fachenda*, abrió la taberna.

En la puerta de más arriba, vivió mi abuelo Cristóbal y mi abuela Paula. Aquí se asentaron desde el 17/11/1894; aquí nació mi padre y mis tías, Isabel y Nati. Y esta ha sido la casa familiar, hasta que mi tía Isabel decidió venderla. Mi abuelo fue tejedor. Mi tío Claudio montó aquí su primera droguería, que, después, trasladó a la calle Millán y Caro.

Donde hoy reside Tere, la de Adolfo, la ocuparon Gaspar Hernández, padre de mi amigo Román, y su hermana Valentina. Ambos estaban solteros. Gaspar se casó con la señora Paz, la madre de Román, y se trasladaron a la calle Retuerta. Después, se aposentaron en la casa Manuel Sánchez y María Sánchez, los padres de Rosa y Gertrudis, esposas de Germán herrero y de Julián *Panera*.

En la casa de Norberto y Rosario, tuvieron su aposento el señor Santiago *Gitanín* y la señora Josefa Bonilla, *Marusa*. Tuvieron cinco hijos: Giraldo, Laureana, M^a Alfonsa, Silvestre y Juan José. Tenían mucha amistad con mis abuelos.

La casa del señor Germán el herrero y de la señora Rosa era para mí una referencia. Amigo íntimo de mi padre, que compartieron, durante su vida, alegrías y sufrimientos sobrevenidos. Tenía una voz de ópera y muy campechano. Regentaba con su hermano Daniel una fragua, que tenían colocada al final de una pasillo largo de la casa. Su hijo Juanfra era el aprendiz. Tuvieron cuatro hijas y un hijo: Fidela, Amelia, Florinda, María y Juanfra.

Pared en medio de la casa de Germán, se alzaba la vivienda de Francisco Ajero, hermano de mi suegro, y Gertrudis, la Zapaterina, hermana de Eugenio panadero. Sus cuatro hijos: Manolo, Francisco (sacerdote), Rafaela y Eugenio. Francisco fue mi amigo de infancia y de siempre.

Cerraban la calle arriba: las *portás* de Manuel Bueno *Falogo*, la bodega de Isabel Ana Alegrete, el pajar de Jerónima Hernández y la fachada lateral de la casa del señor Francisco Blázquez, el padre de Joaquina la *Muda*.

Tras el recorrido callejero, me bajé a la plaza de La Leña, y miré hacia la calle Empedrada, constituida, casi en su integridad, con traseras y pajares. Entre ellas, se distinguía la casa del señor Francisco García *Sabino*, casado con la señora Isabel Blázquez, padres de Adelaida, Purificación, Gertrudis y Agustín.

Y, de forma figurada, me senté en el pretil del pozo de las piedras. Desde la atalaya de mi edad, se escapó un lamento:

“Hay que ver la gente que he conocido, y ya no está!”

La fuente de la plaza Mayor



Cuando el Ayuntamiento, el 12 de mayo de 1937, anunció que iba a instalar una fuente pública en la plaza Mayor, la noticia fue acogida con gran satisfacción por el pueblo. La limpieza y el descubrimiento de nuevos manantiales en el Pocillo, en 1935, facilitaron la idea de llevar a cabo el acuerdo. El Consistorio se puso al habla con el ingeniero, don José Suárez, quien, previa conformidad de la Hidrográfica del Duero, diseñó el proyecto. Sin duda, fue una gran iniciativa, ya que la necesidad de abastecimiento de agua en el pueblo era apremiante. Y, por otra parte, esta obra contribuiría, al mismo tiempo, a remediar el paro obrero.

La empresa salmantina “Moneo e hijos” forjó la fuente con sus símbolos, que, junto con los gastos de instalación y jornales del mecánico, que dirigió los trabajos, ascendió 608,65 pesetas.

El señor Evaristo García Benito, maestro de obras, dirigió la apertura de zanjas, colocación de tuberías, materiales y jornales de los obreros para la traída de aguas hasta la plaza, así como la construcción de la plataforma para asentar la fuente, supuso todo una data de 411,60 pesetas.

Se construyó un depósito distribuidor en los aledaños del Pocillo, (donde hoy se encuentra el tanatorio), y se adquirió un motor para elevar el agua hasta dicho depósito. El coste del fluido eléctrico, que proporcionaba Filomena Bautista, viuda de Manuel Domínguez, ascendía a 500 pesetas anuales por fuente, ya que, un año después (1938), se puso en funcionamiento la fuente de la plazuela de la calle Oriente..

CASI UN CUENTO



El lloro intermitente de un niño tuvo a los pocos vecinos de la Plaza Mayor toda la noche en vela. Era extraño, porque, en aquel pueblo de la España deshabitada, se podían contar con los dedos de una mano la cantidad de niños, que podían alterar el silencio y la tranquilidad de los pacíficos habitantes.

Muy de madrugada, un empleado del Ayuntamiento observó con sorpresa que, en la cancela de la Iglesia, en una caja de cartón llena de mantas, algo se rebullía. Indeciso, se fue acercando lentamente, y asombrado, exclamó: ¡Un niño! Con sumo cuidado cogió la caja con la criatura dentro y se acercó a una de las primeras casas de la Plaza Mayor. Le recibió una mujer medio dormida, de las que habían pasado la noche en vela. El nerviosismo se apoderó del empleado municipal y de la mujer, no sabiendo qué hacer ni por dónde empezar. El nerviosismo se acentuó cuando, a lo largo del pasillo, apareció el marido de la señora, medio desnudo, vociferando al mismo tiempo que reclamaba sus gafas por no poder reconocer al empleado municipal. Su señora, tratando de calmarlo, le preguntaba qué era lo que buscaba, si las gafas o la dentadura. “Si es la dentadura, con seguridad, se la ha comido el perro. Te tengo dicho que la noche que comas carne, (sobre todo chuletas de cordero), procura lavarte la boca y cepillarte bien los dientes para no dejar rastro de comida, y guardar bien la dentadura en el cajón de la mesilla; no dejarla en cualquier sitio a merced del perro, sabiendo que el cordero es un manjar de dioses para este caniche enano”.

Al municipal, se le ocurrió llamar a las autoridades, pero el alcalde y el médico no vivían en el pueblo. Solo estaba disponible el sacerdote.

Cuando a este le llegó la buena nueva, no se le ocurrió otra

cosa que mandar a un monaguillo tocar las campanas. El toque de estas alentó a la gente a acudir a la plaza y, en la puerta de la casa, se agolparon los pocos vecinos que había en el pueblo con la curiosidad de poder conocer al niño abandonado. Ante tal guirigai, alguien dijo que había que llamar a una chica joven, que era comadrona y que estaba en el pueblo por tener que cuidar a uno de los padres enfermo.

Entre el tumulto había un hombre alto y corpulento con un mostacho que le tapaba la boca. Con voz amenazante, trataba de poner orden y silencio numerando los pasos a seguir:

Primero, esperar al médico, para que este y la comadrona comprueben el estado de salud del niño y le receten el alimento necesario. Al pronunciar la palabra “alimento”, una voz fuerte y convencida exclamó: “*Yo lo puedo alimentar*”. Era María, una madre soltera que acababa de tener una hija y estaba en el período de lactancia, pudiendo amamantar a las dos criaturas. A María le acompañaba José, viudo y de oficio carpintero, que trabajaba en una carpintería industrial haciendo puertas pero que, en ese momento, estaba en el paro.

Segundo paso, poner en conocimiento de las autoridades lo acaecido para conseguir saber quien o quienes habían abandonado en la cancela de la Iglesia a este niño.

Antes de llegar al tercer paso, el marido de la mujer, el de la dentadura, traía un papel manuscrito, que estaba escondido en la caja de cartón con una letra poco legible, y que parece ser que decía algo así:

“Ahí os dejo lo que más quiero. Me he visto obligada a dejarlo por no tener nada que llevarme a la boca. Estoy sola y enferma en este cochino mundo”.

De pronto, un llanto y un olor fétido salieron de la caja de cartón. El niño tenía hambre y, además, se había hecho sus necesidades. María, muy decidida, le dio de mamar, mientras la señora de la casa preparaba una palangana con agua caliente. Fueron quitándole las diferentes ropas enmarañadas a su diminuto cuerpo; una vez desnudo y limpiada la suciedad que ocultaba su sexo, vio María con cierto desaliento que no era un niño, que era una niña. “*¡Otra niña, no!*” suspiró.

Al ver a María tan abatida, una joven que decía pertenecer a un movimiento feminista la consoló diciéndole que, en el mundo actual, impera la mujer sobre el hombre y que este no tiene nada que hacer ante su inteligencia y su voluntad.

Un mozo, malhumorado, que estaba junto a la joven, la recriminó: “No sé si al paso que vamos, veremos a una monja ser papa de la Santa Iglesia Católica y Romana y a una niña blanca o negra (depende si se ponen de acuerdo) recibir a las “Reinas Magas” en el Portal de Belén”.

Jerónimo Salinero

ELOGIO DE UN GARBANZO



Me gustó invitar a los amigos a recorrer las calles del pueblo adoptivo en el que había logrado encontrar algo de identidad con el

terreno. Aquí el terreno son apenas cuatro calles que suben y bajan, enfiladas hasta el río Manzanares, que era el territorio de todas las fronteras, hasta donde alargábamos a veces el diminuto barrio de Lavapiés. Del otro lado del río, venían siempre estos dos amigos de los que tengo ganas de contar, que son culpables de que yo haya amado. De que haya amado la tertulia, la pasividad del encuentro, la emoción de las miradas, la contemplación de las musas y el ganar profundamente el tiempo a su lado, en las que se hacían siempre pocas horas que permanecía en su compañía.

Durante largos años en Lavapiés, me encontré a contracorriente con macoteranos errantes o ausentes y, con ellos, tracé un mapa alejado de la tierra en la que nacimos, aunque siempre apegados a la extraña magia que nos había dejado aquel vacío.

Todavía tengo presente los pocos días que tuve la felicidad de alojar en mi casa, pegada a los tejados donde los gatos tenían su hogar, a Juan Zaballos *Machaca*. A él y a su asma; ni una queja, ni un sobresalto, para él también era una aventura saber que podía aún trepar las diminutas escaleras de madera hasta llegar al tercer piso. Y cuando bajábamos, era todo un gozo. Como si lleváramos a costas el viejo acordeón que prefirió comprar en vez de un nuevo pantalón. Decisiones acertadas de poeta, mejor unas notas de música que una tela nueva.

Con él también fui al viejo pero llamado siempre Nuevo Café Barbieri. Quizá tenga alguna fotografía con él por las callejuelas del viejo Madrid o en este café mismo, tan añejo, pero eterno, como la suma de todas nuestras vidas. *Machaca* era un hombre gozoso en la ciudad, enfermo irremediable, sonriendo con las amigas y amigos, con la sabiduría que él decía que atesorábamos en la desorientada juventud que entonces padecíamos; sin duda, este inolvidable amigo, tan inolvidable como su lumbre de la calle de Santana, cuya foto sigue presidiendo una de mis paredes, es el que falta en esta fotografía que retrata el momento mientras tomaba un café en El Barbieri

después de varios paseos y alguna comilona al uso con Pedro Cuesta y Jerónimo Salinero. Hubiéramos sido la perfecta banda de los cuatro, pero se nos cayó pronto el poeta más antiguo. Los cuatro hemos sido viciosos con las palabras, por eso me han gustado tanto los silencios, cuando, durante tantas y tantas veces, me he juntado con estos dos tipos de la foto para nada, para mirarnos, para escucharnos, para decirnos y para contarnos, sobre todo, lo que queríamos decir con los silencios.

A Pedro Cuesta y a Jerónimo Salinero me gustó subirlos también a casa, para comer algún arroz a imagen y semejanza de los levantinos o para tapiñar algún cocido pantagruélico con relleno incluido (“¿Concibe usted mi señora un cocido sin relleno?”, escribió de manera magnífica Miguel Delibes a su presunta enamorada sevillana en “Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso”). Otras veces el placer era el mío si conseguía sacar buena nota con una cazuela de barro de Pereruela repleta de bacalao con tomate.

Cuando entré por primera vez en el Café Barbieri alguna noche de huidas en el año 1974, lo habitaban las señoras mayores del barrio con sus gatos, que se amancebaban, a veces, con los gatos propios del local. Este café casi siempre fue el lugar para dar concluidas con estos dos amigos, hasta la siguiente vez, las charlas sobre literatura, sobre pintura, sobre el arte de vivir y muchas veces de sobrevivir, de huertos, de vides o de mares de trigo, charlas en medio de sobresaltos y de sueños, aspavientos ante alguna sorpresa mágica que hubiéramos descubierto de alguna de las miles de historias que siempre acabábamos recordando de Macotera y de sus alrededores, que no eran otra cosa que el mundo entero. Todo se convertía en personajes literarios, en exageraciones de las identidades, como si el pueblo en el que habíamos nacido fuera una fábrica de fantasías, que solo tenían realidad en nuestra imaginación.

Previamente a la entrada en el café, que era como un santuario, caminábamos, dábamos vueltas, a veces, de una taberna a otra, hasta que necesitábamos reposar. Nos movíamos por las calles del viejo Madrid como buscando un lugar para la tranquilidad. Casi siempre Pedro y yo siguiendo detrás del cuerpo espigado de Jerónimo; los tres parecíamos príncipes gitanos, orgullosos de estar juntos, como si subiéramos la cuesta de la calle del Olivar hasta la esquina de la calle del Olmo, camino del ya cerrado bar Candela, como hacían el mismísimo Camarón de la Isla y Paco de Lucía.

Los macoteranos éramos una especie de transeúntes que íbamos dejando las huellas en Lavapiés, aún sin que nadie supiera de dónde veníamos ni adónde queríamos llegar. Yo

les contaba siempre a mis amigos que este barrio me había dado por primera vez en la vida un lugar en este mundo, el lugar que no habíamos podido tener finalmente de donde habíamos salido. Solo nos faltaba un poco de campo abierto, algún trozo de tierra para plantar un huerto –el cercano y escueto Manzanares tampoco es que fuera mucho más que el Margañán y nos servía como río–, y un puñado de tabernas nos hacían sentirnos como en casa, como si fuéramos a atravesar de punta a punta en busca de las amistades entreteniéndonos en los bares y tabernas de la mismísima Macotera. Como yo era el indígena y ellos los forasteros, les llevaba por las calles de mis sueños, de mis duermevelas y de mis desconsuelos, les perdía por las revueltas, por las paredes más castizas, de obligado cumplimiento era la taberna de El Boquerón, en la calle de Valencia, y hasta les llevaba por la esquina que yo bauticé como “La esquina de los besos”, justo en Amparo con Tribulete, para decirles que allí, como si fueran unas Cuatro Esquinas, una auténtica línea de frontera, era donde yo practicaba las despedidas por las noches de madrugada, cuando nos ocultábamos con besos para tapar la soledad y me retiraba a mi casa como si estuviera volviendo por los pasos de la inolvidable santanera calle del Arroyo, para dormir la esperanza sobre un jergón de paja de maíz.

Y claro, una vez sí y dos también, nos pasábamos a saludar, a ver qué había por allí, a ver qué se cocía esa mañana en el bar de “El Bauti”, que aquí nosotros reconocemos como “Juanancho”. Otro macoterano de nacimiento pero filipino de adopción, que ha pasado, como yo, buena parte de su vida en Lavapiés y que es, sin duda, el último tabernero de la Edad de Oro del barrio, después de que abandonara el oficio Cesar Montes, con su añorada taberna en la mismísima calle de Lavapiés.

En la taberna de “Juanancho” fraguamos tardes y noches memorables y siempre tengo que recordar una en la que Jerónimo Salinero, con su altura, con su mirada siempre por los hombros y las cabezas de todos los demás, dominando con socarronería todo lo que ocurría en el mundo y a sus pies, pudo parecer el maestro de ceremonias. Aquella tarde noche de un día que no puedo ni fijar en el calendario, tuvo su momento para la historia la taberna La Mancha en Madrid, cuando se agotaron todas las existencias de un vino tinto que se nos antojó exquisito recién llegado de Laguardia, de las orillas del Ebro. Hubiéramos necesitado un milagro, a un Dionisio que nos transformara el agua en vino, para poder seguir emocionados con la amistad. Allí, en aquella casi centenaria taberna, el lío lo habían propiciado los macoteranos errantes aquel día, en que se acabó cantando el himno anarquista de A las barricadas, porque estábamos convencidos de que allí,

aquella noche, saldríamos como hermanos, libres de dinero y de peajes a construir la solidaridad entre pueblos, incluso en aquellos que no conocíamos, que, indudablemente, eran la mayoría. Hubo que bajar las persianas de las puertas, porque no eran horas para el jolgorio ni para revoluciones, la vecindad tenía que dormir y aún dentro había que buscar más la hermandad, acabar con el vino y declaramos abiertamente cualquier hecho delictivo de amor, contra quien fuera, contra él o contra ella: no había peligro de que llamara a la puerta la autoridad competente, pues allí estaba, entre nosotros, la autoridad misma, el entonces alcalde de Madrid Juan Barranco, aireando al viento junto a la barra del bar el internacionalismo igualitario, la ausencia de fronteras, ni ricos ni pobres, ni mujeres ni hombres, ni dioses ni amos, ni reyes ni repúblicas. Hasta que se agotó el vino y con él los sueños de un mundo mejor. Así que tuvimos que salir, abrazados los unos contra los otros a esperar una oportunidad nueva para cambiar las cosas a lo largo de la noche.

No puedo asegurar que la noche acabara siendo finalmente de hastío, pero, probablemente, sí lo fuera de desilusión a medida que la oscuridad se comenzaba a parecer al día y teníamos que volver a abrir los ojos. Salimos de la taberna convencidos de que íbamos a hacer la revolución y reparar las injusticias de este mundo, pero, probablemente, lo único que queríamos era atrapar una bocanada de aire fresco, sostribarnos contra los entonces tiernos árboles de la calle de Miguel Servet y, algunos, incluida la autoridad competente, evacuar su insolvencia.

Yo me he asomado poco, de manera muy marginal, por este boletín macoterano, pero se me antojaba que tenía que contar aquí públicamente, por si luego no hay nadie que escriba de nosotros cuando nos hayamos muerto, lo que he disfrutado caminando hablando o en silencio con estos dos amigos de la fotografía. Con tantos años a la espalda, finalmente, sin duda, yo soy mucho de ellos.

Hubo más macoteranos con los que frecuentaba Lavapiés. En un periodo corto de tiempo, lo hice con mi tío Juan Calderas, el albañil superlativo, el yesero de brazos duros que pareciera que amaba las paredes blancas cuando las abanicaba con las llanas. Con él, sobre todo, gustábamos de ir a comer conejo al ajillo, siempre tenemos que tener alguna debilidad, al ya extinto y legendario bar Er 77, en la calle de Argumosa, un auténtico cuchitril, casa preferida de los anarquistas revolucionarios del barrio durante la clandestinidad franquista, donde cocinaban este plato con manos de santo y sabiduría generacional. Nadie ha vuelto a cocinar un plato similar en el barrio como lo hacían ellos.

Durante unos años de fugas, otro de los macoteranos con los

que compartía en Lavapiés fue Juanfra el Herrero, aunque yo lo conocí de carpintero en la calle del Amparo, curioso nombre cuando ya bastante desamparados estábamos para entonces; lo conocí cantando ópera e intentando seducir con su trajeada elegancia a toda chica joven que pasara a su lado. Un macoterano hablando en argentino, lo nunca visto en Lavapiés. En pocos meses, tras su llegada, se hizo famoso en las calles del pequeño barrio madrileño y en las tertulias taurinas de la Plaza de las Ventas, para acabar su vida en el olvido, cuidando como tesoros sus cajones de herramientas, sin muchos conocidos a su alrededor y se marchó sin que lo pudiera despedir, en una de mis largas ausencias del barrio, después de tantas pláticas sobre la madera y el arte de la seducción.

Y claro, por Lavapiés y mi casa repleta de secuelas de maderas que tenían mucho de mi tío Antonio el Carpintero y de sus berbiquies, han tenido su propio espacio en mi vida y en mis tablas la macoterana Julia la Jeromicha y Beatriz la Chapilla, la macoterana de Zafra, siempre a mano, sin perdernos mucho de vista por si teníamos que recurrir los unos a los otros para soportar mejor el paso de la vida.

Siente uno, como si fuera vergüenza, airear las historias de amor que ha tenido. Y no solo aquellas en las que no sabíamos ni ir en busca del amor camino del río Margañán, a encontrar algo de dulzura y esperanza en los colores de los girasoles que se habían escapado de alguna linde de huerto familiar y que, por lo tanto, los creíamos como nuestros. Digo amor, no ya sexo, tan encorsetado entonces por las estrecheces de la religión y las maneras sagradas de concebir las relaciones mundanas, dominadas por las amenazas acosadoras del pecado. Por eso, es importante señalar a tumba abierta a cuanto has querido. Y yo, como una debilidad más, he tenido la suerte de amar el silencio después de la palabras de estos dos tipos de la foto. Hablábamos y hablábamos, nos mirábamos, nos reíamos de nuestras bobás o de las del vecino, creíamos que no se iba a acabar la tarde, ni el día, ni las cuestas irreverentes del barrio de Lavapiés. Uno contaba y le continuaba el otro hasta que, de repente, un gran silencio, ni una palabra a la vista, solo miradas, solo entusiasmo en los ojos, que yo he querido siempre entender que no eran otra cosa que la sensación del gozo de la amistad. Me decía y ahora qué, ahora qué decimos, ¿no se nos habrán acabado las historias?, ¿no se nos estará acabando la vida que no tenemos nada que contarnos?. Y ahí es donde en mi mente aparecía el garbanzo, el espíritu existencial de un garbanzo solo sobre un plato blanco de porcelana. La vida misma, nuestra tierra, el secano, la escasez de agua y la ausencia de sombra, sin árboles en el horizonte y con todo el campo abierto para abarcar la dulzura de las cosas. Los tres, y también el que siempre

nos faltaba, Juan Machaca, hemos pasado la vida escribiendo, a veces, escribiendo como posesos. Y llegados hasta aquí, si uno decía ya no sé de qué escribir, el sabio aseguraba que la literatura está en la mosca, en cómo se mueve una hormiga de un lado para el otro, en cómo la hoja se muda de sitio por el viento, en cómo el poema o el cariño se escriben solo con un dedo y con lo que en cada momento entiende de la vida la cabeza. Por eso, ahí estaba el garbanzo sobre el plato blanco, solitario, orgulloso, para garantizarnos la continuidad de las cosas.

De grandes tertulias con ellos, salieron para mí historias como El Tío Solo, o La Cabeza de Bronce, o el Lobo de orilla de mar, o El hombre que se convirtió en tonel, o El lector de conservas o Mañana no volveréis a ver el tren, todos escritos de otros mundos donde Macotera aparece como un Comala en el recuerdo, como el polvo de Santa María, como si fueran surcos de Macondo y el escueto Margañán en algún momento pudiera haber sido soñado como el Marañón. De un garbanzo se pasaba a un puñado de garbanzos, como si fuera el puñado de garbanzos que salvó del hambre a generaciones de macoteranos, aunque no les salvara de las injusticias. Macotera ha estado entonces fuera de nuestra realidad misma, con lo que hemos concluido siempre que no hemos sido otra cosa que migrantes sin patria, transeúntes, dando vueltas como la avispa sobre un espiga

Yo, sin poder real de competir contra la experiencia y sabiduría de uno que me lleva doce años y de otro que me supera en 23, tenía que reinventarme la vida. Es por lo que creo que me he pasado todos los años de amistad intentándoles convencer de que mis aparentes mentiras no eran otra cosa que historias fabuladas, que estaban, sin embargo, siempre hechas sobre los deseos de la realidad.

Así que aquí mejor que en cualquier lugar, como si fuera en la tertulia a tumba abierta en el ya inexistente Moreno, o en El Café Central, tengo que escribir que estos seres me han vencido y, por ello, manifiesto la justiciera necesidad del reencuentro tras dos años de ausencia por crisis pandémicas de Covid 19. Qué quieren que les diga. Les he echado de menos. Mejor sabiendo que hemos sobrevivido, cuando no lo logró el Café Barbieri de nuestras tardes, que tuvo que cerrar por no vislumbrar futuro. Aunque, como el Guadiana, volverá pronto a emerger con sus cafés y sus tés y sus vinos los días menos esperados donde frente a su reloj y sus kilométricos espejos, espero reencontrarme para ver cómo se ríen mis compadres Pedro Calores y Jerónimo Pericache a una hora indeterminada.

Manuel García Blázquez, Carloto

Teodoro Blázquez Hegman (Tedy), un americano en la Guerra Civil.

Teodoro Blázquez Hegman nació en Nueva York el 21 de agosto de 1918, era hijo de Cristóbal Blázquez Cosmes y Teresa Hegman, sobrino de Francisco, Tomás, Elías, Juan Antonio, Lucía, Presenta... "los frailes". Su madre era alemana.

En una de las visitas a la familia del cura Francisco María, no vino solo de Estados Unidos, trajo consigo un hijo de su sobrino Cristóbal: (Teodoro), Tedy. Este mozo vivió con sus abuelos en la calle Retuerta, y aparece en los libros de la matrícula escolar de diferentes años.

Observamos en el padrón de 1924, que ya está empadronado y nos dice que lleva cuatro años en el pueblo. Desconozco si iba y venía a Nueva York, pero, en los padrones sucesivos, sigue figurando su presencia en la localidad. Es posible que, aunque se marchara, no le dieran de baja en el padrón, o que no retornara.

El ayuntamiento lo empadronaba como domiciliado, no como vecino, ni como transeúnte, que sí lo era su tío-abuelo Francisco María. No disponía de carné de identidad, lo obtuvo después de la guerra.

Era un chico rubio con media melena, a quien su tío-abuelo le había puesto un profesor, para que perfeccionara el español y aprendiera portugués. Viajaba todos los días a Salamanca.

Su abuelo Pedro Blázquez Gómez (dos veces alcalde) había muerto antes de llegar la II República, por lo que Tedy se quedó solo con su abuela.

Los años pasaban, y alguien se empeñó en alistarle por llevar muchos años residiendo en el pueblo, a pesar de que era súbdito americano.

Fue incluido en el alistamiento de 1938. La familia interviene y dos tíos suyos marchan a Galicia a entrevistarse con el cónsul americano en La Coruña. De aquella visita, el resultado es que Tedy fue a la guerra.

Tedy era americano y su estancia era conocida solo en Macotera. ¿Cómo le llaman a filas, siendo americano? La familia siempre sospechó que fue denunciado por alguien del pueblo. Prestó servicios en el Regimiento de Infantería Argel nº 27.

El 14 de diciembre de 1938 fue herido e ingresó en el hospital militar de Cáceres con metralla en el tórax izquierdo; cuando se recuperó, se incorporó de nuevo a filas y al frente. El 3 de abril ingresó en el hospital de sangre de Toledo con una herida contusa, y a consecuencia de la metralla (antigua).

El 6 de mayo de 1939 es declarado excluido temporal.

El 28 de mayo solicita la Medalla al Sufrimiento por la Patria.

En el mes de junio se presenta en la Plaza Mayor de Salamanca, y visita el hospital militar del Generalísimo Franco (Santísima Trinidad), para que le avalasen los motivos de su petición de la Medalla al Sufrimiento

Teodoro solicita al Alcalde la paga mensual que le corresponde como mutilado de guerra, y este escribe al cuartel pidiendo información. A mediados de mes, contesta el capitán indicando al Alcalde que le ingresara a razón de 3 pesetas diarias desde que salió del hospital, pues fue declarado inútil de guerra.

El 1 de diciembre le conceden la Medalla al Sufrimiento por la Patria con la pensión correspondiente a su caso, a razón de 12,50 pesetas mensuales, a partir del 1 de diciembre de 1936. El alcalde escribe al cuartel comunicándoles que la paga no puede ser desde el 1 de diciembre del 36, sino desde 1 de abril de 1938., fecha en la que fue alistado.

Teodoro intentó encontrar trabajo como mutilado, pero obtuvo varias negativas por estar ocupados esos puestos por otros mutilados.

El 7 de mayo de 1940 avisan a Teodoro (Tedy), para que presente dos fotografías tamaño carné, para entregarle el DNI. Mi impresión es que a Tedy le mandaron a la guerra, le dieron la cartilla y, con ella, se manejó.

La víspera de su muerte, le llega el DNI y adquiere el pase de domiciliado a vecino por mayoría de edad.

El día 26 de octubre firmaría la que sería, muy probablemente, su última paga. En una hoja en blanco y no en el modelo de otros meses, firma como que ha recibido del Alcalde:

Por haberes ...93 pesetas
 Por Medalla ...12,50 pesetas
 Total105.50 pesetas.

Tedy falleció 1943. ¿Creéis que el simple hecho de haber estado conviviendo con su abuela, es suficiente para llevarle a la guerra, obviando que era súbdito americano?

Sirvan estas líneas como homenaje a él, que, sin comerlo ni beberlo, perdió la vida en estas tierras.

Una historia muy triste, que le llevó a la muerte prematura por malos quereres.

Agustín Bóveda Bueno

PODRÍA DIBUJAR

Hay huellas indelebles
en mi memoria.

Yo podría dibujar,
pueblo mío, la antigüedad
de tus casas, calles y plazas;
los olores de tus estaciones
y la fisonomía de tus gentes.

Podría dibujar...
la enseñanza en las escuelas,
la arquitectura de tus pupitres,
la blancura de la tiza en discusión
con la negrez del encerado
y el crucifijo clavado
a espaldas del maestro.

Podría dibujar...
la indumentaria del embozo
cubriendo los hombros
y las caras de los niños
y el influjo de los carámbanos
penetrando por las rendijas
de las desvencijadas puertas.

Podría dibujar...
el gario taladrando
la oscuridad de los bocines
de tus pajares
y las texturas graníticas
de los brocales de tus pozos.

Podría dibujar...
un puente que no es puente,
un río que no es río,
con sus orillas desatendidas
de arroyos y de helechos.

Podría dibujar...
las inscripciones de tus dinteles
y la violenta lluvia
cuando golpeaba
las entumecidas ventanas,
rompiendo la paz de los cristales.

También, podría dibujar
la engreída soberbia
de voraces bocas,
de amores dejados,
cuando cantaba las horas,
en la noche, la voluntad de los serenos.

Jerónimo Salinero



Hace unos días murió mi
amigo bueno, Pedro Cuesta.
Aprendí mucho de su bon-
dad. El me enseñó a amar el
periodismo y la vida y la
amistad. Son muchos los
amigos que nos dejan. De-
masiados!

Un largo silencio

Se me van los amigos como en vuelo de pájaros,
silenciosos, callados.

No levantan la voz,
se retiran, discretos,
ni siquiera se acercan a decirnos adiós.

Escucho ese silencio de sus voces dormidas,
muertas voces. Recuerdo en la noche sin sueño
su sonrisa y el tiempo
que vistió nuestras almas

del abrazo añorado,
que nos quitaba el frío y el miedo a las mañanas.

Y la charla incansable, el vino del encuentro,
esas noches tan cortas

y las tardes doradas
en las que el mundo mismo
reía con nosotros

y éramos felices como lo son los niños
en los días azules sin maestro ni escuela.

Los recuerdo y los lloro por los años de gloria.
Por la alegría toda que nos bebimos juntos.

Por la tristeza amarga
que hoy se viene a la puerta

que llena los rincones de esta casa vacía.
Los nombro uno por uno cuando viene la noche.

Y los abrazo entonces,
revivo los momentos de aquellos viejos días,

cuando todo era limpio
y estaba el paraíso

en la palabra amigo y en la noche infinita.
Sé que están a mi lado.

De su mano, de frente,
recorreré la vida que me quede en la sangre.

Y será como un viento.
Su palabra callada

abrazará esta ausencia de nosotros, de ellos,
los amigos que viven en el mismo latido,

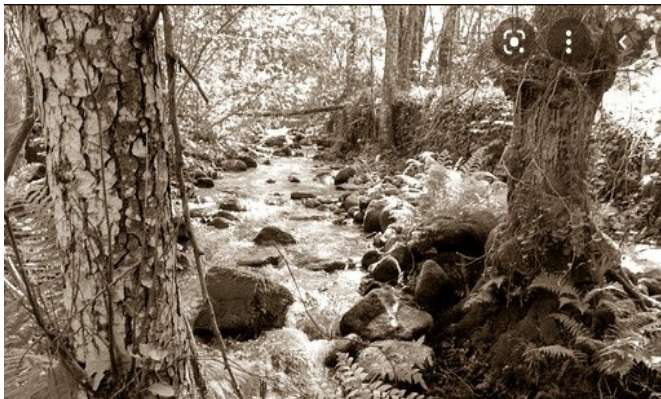
un latido que ahora,
como un reloj cansado,

se detiene un segundo, cuando beso sus nombres
y se duermen conmigo.

Rodolfo Serrano, ex periodista de El País
Raúl Cancio, ex fotógrafo de El País

In memoriam

Lucía López Herrero



El día 22 de enero amaneció frío de tristeza. Esa noticia gélida me llegó a través del móvil: "Ha muerto Lucía, la mujer de Cristóbal". Me quedé helado. Nunca quieres ni esperas que esto ocurra, pero, por desgracia, acontece todos los días y a todas las horas.

En un momento, la casa queda sin luz, sin presencia, sin calor, sin ilusión y sin esperanza, y con mucho desconcierto. Todo lo que sigue de vida es muy distinto, cambia todo. Vas como dando trompicones con la cosas y con los aconteceres diarios.

Miraba a Cristóbal en el tanatorio y le notaba deshojado, como un árbol desnudo, que observa como su compañera se torna en juguete del viento, que la lleva o la trae o la remolina en un arrebato.

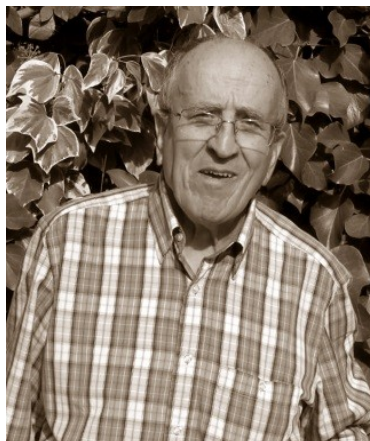
He compartido muchos ratos con Lucía en las excursiones y en tertulias, que montaba la Asociación "Amigos de Macotera"; y en las visitas a su pueblo natal, Mogarraz; y en los encuentros fortuitos en la calle..., y, en todos ellos, Lucía rezumaba entusiasmo, vitalidad, alegría y una mirada abierta y dulce.

Lucía estaba casada con nuestro compañero de Junta de la Asociación Cultural "Amigos de Macotera", Cristóbal Bonilla, su compañero leal; respiraban sintonía en todos los avatares, que les trazaba la vida. No sabían vivir, disfrutar y sufrir el uno sin el otro. Cuando Lucía comenzó a sentirse mal, Cristóbal apostó por estar con ella, en la lucha, las veinticuatro horas del día. Eran conscientes de que tenían que exprimir los días, horas y minutos del trozo de felicidad que les prestaba la existencia. Así dejó el trabajo para deshacerse en atenciones y cuidados a su mujer enferma.

Y he traído a colación esa fotografía de Mogarraz, que, para mí, es un compendio del amor y de la quimera, una imagen que inmortaliza mil recuerdos de la pareja.

Descansa en paz.

Ha fallecido Pedro Cuesta



Ha muerto un gran periodista y un gran amigo, Pedro Cuesta, mi primer jefe (y el de colegas muy querid@s) en el diario Informaciones de Madrid. Nos enseñó a contrastar los hechos y a ignorar rumores. Un hombre bueno en el más profundo sentido machadiano.

Jesús Maraña

Amigo Pedro, aunque sé que ya nunca tendré la oportunidad de volver oírte llamarme "novelista", como hacías cada vez que nos veíamos, te quiero decir, ahora que ya ocupas un lugar entre las estrellas, que esto no es un adiós definitivo, es solamente una despedida momentánea, hasta que nos volvamos a ver en algún rincón del firmamento.

"... que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero".

Abrazos para toda la familia.

Antonio Blázquez Madrid

Tal día como hoy, 9 de marzo, hace quince años, falleció Pedro Chapa. Habían pasado unos días, como enfermos, en el hospital. Y Pedro, mi hermano, se nos ha ido otro 9 de marzo. Cuando murió Pedro Chapa escribió mi hermano un artículo en el boletín, que titula: "Hasta pronto, Pedro". Y, al final, le hace un encargo: "Búscame un buen sitio, amigo Pedro Cuando no me dejen estar aquí, me voy contigo y con Dios" Ha enmudecido una pluma, a cambio nos ha dejado un inmortal legajo de escritos, posados en las páginas del boletín. Gracias, hermano.

Muy agradecidos por las muestras de condolencia recibidas por los amigos y compañeros periodistas, de los amigos de la familia y de los paisanos. D.E.P.

Defunciones

Petra Zaballos Jiménez, *Crisanta*
 Gregoria Jiménez Wallás, *Pondera*
 Lucía López Herrero, *esposa de Cristóbal Bonilla*
 Felipe González Hernández, *esposo de Rosa Sánchez Arévalo*
 Sebastián Bautista Sánchez, *Berrendo*
 Celia Bueno Bueno, *Faloga*
 Francisca Hernández Losada, *Lauro*
 M^a del Carmen García Muñoz, *esposa de Juan fontanero*
 José M^a García Madrid, *Confite*
 Pedro García García, *Confite*
 María Isabel Salinero Martín, *Jeromicha, Hija de la Caridad*
 Emilio García Izquierdo, *Magán, campeón de España de boxeo*
 Josefa Zaballos García, *Vinata*
 Pedro Cuesta Hernández, *Calores*
 Isabel Nieto Gómez, *Mielera*

EL AMIGO MAXI, EL SASTRE.



La boda de Manolo el *Piro* y de Gregoria Lerna me ha traído la imagen del amigo Maxi. Así era, no ha sido necesario que la cámara pusiera algo de su parte, y si lo hubiese hecho, habría maltratado la personalidad de un hombre bondadoso, simpático, entrañable y empático con todo el mundo. Maxi era muy popular: todo el mundo le estimaba, apreciaba y le expresaba un gran respeto.

Cuando lo vi en la foto, su sonrisa fue para mí el saludo fresco, con que me obsequiaba cuando se encontraba conmigo en la calle, o me arribaba a la puerta de su casa en la calle Retuerta, mientras cortaba el patrón con aquellas tijeras de hojas anchas y sólidas, que rasgaban la tela con una musiquilla ronca. Tenía el taller en el portal de la casa. Yo le resucito con aquella mesa amplia, con la plancha de carbón apoyada en las trébedes, los patrones ordenados prendidos en la pared de pequeñas alcayatas, las chaquetas hilvanadas insertadas en perchas pendientes del cuartón del techo...Y me hablaba con aquella voz de bajo profundo y baritonada. Esa voz le permitía cantar bien, y lo demostró aquel carnaval, que acompañado por una panda de mozos, entonaba "Mi novia es la secretaria..." Porque Maxi era un carnavalero de los de "alante". Amigo de todos los jóvenes del pueblo, pues, le gustaba convivir y disfrutar con todo "quisqui".

Maxi tenía un problema, que le obligaba a llevar una bota supletoria, pero no le impedía estar ahí en todos los acontecimientos. Le gustaba mucho el baile y vestir muy elegante: era todo un caballero. Vino al pueblo, desde Salamanca, muy joven a ejercer su oficio, y estuvo de pupilo en la casa de la señora Isabel Madrigal, la madre de Cayetanín, en la calle Oriente, donde tiene su vivienda Encarna, mujer de Juan sacristán (q.e.p.d). Y ahí trabajó, hasta que se vino a vivir a la calle Retuerta; por eso, fue mi vecino. Se casó con Lucrecia, hija del señor Isidoro y de la señora Anita. Pasado un tiempo, se trasladó el matrimonio a Madrid, donde Maxi montó un taller de confección. Disfrutó poco tiempo de su matrimonio, pues Lucrecia falleció a los 46 años. Maxi no estuvo solo, pues le sir

vió de compañía su sobrina Lucrecia, hasta que se casó con Antonio. En 1988, marchó a Méjico, donde residían sus hermanos Antonio y Mere. Y allí falleció en 1994.

No podía conformarme en recrearme con la imagen de Maxi, tenía que charlar con él y de él un rato. Y me quedo tranquilo reviviendo aquellos años en que conocí a tantas personas, buenas.

El macoterano, Emilio García Izquierdo, campeón de España del peso Semipesado, nos deja a los 65 años



"El boxeo español se encuentra de luto por el fallecimiento del gran campeón de España del peso Semipesado, Emilio García Izquierdo.

Su debut en el boxeo data del 12 de agosto de 1977, venciendo por KOT, en cinco asaltos, a

José Luis Álvarez en Macotera. El 29 de agosto de 1981, conseguiría coronarse campeón de España del peso Semipesado, derrotando a Avenamar Peralta por KOT en diez asaltos. Su última aparición, como boxeador profesional, fue el 10 de noviembre de 1983, perdiendo por puntos, en Luxemburgo, frente a Fred Serres.

El odiado y temido cáncer ha sido el motivo de su fallecimiento, enfermedad que sufrió durante estos últimos años, y cuyo combate no pudo vencer.

Emilio deja huérfano al pugilismo español y a sus amigos del Club Deportivo Coraje de Fuenlabrada (Madrid), donde impartía su sabiduría y experiencia a los boxeadores experimentados, que allí entrenan, y a los jóvenes valores que comienzan a disfrutar del noble arte del boxeo.

Emilio García nos deja a la temprana edad de 65 años, toda la familia que componemos AEBOX nos sumamos al dolor de sus familiares y amigos en estos momentos tan trágicos. Emilio se lleva el cariño, respeto y admiración de toda la familia, que compone el boxeo patrio, entrenadores, directivos, aficionados, árbitros, boxeadores y un largo etc.

Descanse en paz don Emilio García. Diez toques de gong en tu memoria"

D.....
 C/.....nº.....Piso
 Localidad.....C.P.....